

Napoleón, visto y revisado por Alexandre Dumas

Claude Schopp

Président de l'Association des Amis d'Alexandre Dumas

claude.schopp@icloud.com

Textos traducidos del francés por Àngels Santa

y M. Carme Figuerola

Antes de emprender la presente contribución, solicitamos al lector que active su imaginación.

Debe trasladarse a 1865 e ir al Círculo nacional de Bellas Artes de París, al antiguo Casino de Cherburgo, al Alcázar de Lyon o a cualquier otro sitio, para asistir a la conferencia de un ilustre novelista, sonriente, aunque a la vez, devorado por la angustia de hablar en público.

El presente ensayo, al principio, retoma el contenido de dicha conferencia¹.

Napoleón de visu

«Me detendré, si me lo permiten, en otro recuerdo de mi vida que imprimió una huella mucho más profunda en mi memoria.

[...] volvamos a 1815.

Napoleón abandonó la isla de Elba el 26 de febrero. El 1 de marzo desembarcó en el Golfo Juan. El 20 de marzo regresó a París².

Villers-Cotterêts [ciudad natal del conferenciante, donde transcurrió su juventud;] se encuentra situado en la ruta que debía seguir el ejército para

¹ El manuscrito de dicha conferencia se conserva en Praga, Stani Ustedni Archiv, Hore c. 2750 (fondo Metternich, Ms. 44). También fue publicado en *Alexandre Dumas, de conférence en conférence: Cahiers Alexandre Dumas*, n°26, 1999 p. 26-34.

² El texto que narra el doble paso de Napoleón por Villers-Cotterêts, durante el 12 y el 20 de junio de 1815 (véase A. Dumas, *Mis memorias*, cap. XXXVII), fue retomado en la conferencia de Lyon (9 de abril de 1865), reproducida con el título «Souvenirs de 1815. Vision d'un enfant.» [Recuerdos de 1815. Visión de un niño], en *Le Courier de Lyon* del martes 11 de abril de 1865. Señalaremos aquí las variantes.

marchar hacia el enemigo. Tras un año de reinado de los Borbones, es decir, tras un año en que se anuló un cuarto de siglo de nuestra historia³, suponía un gran júbilo, no lo negaré, para la viuda y el hijo de un general de la Revolución el hecho de contemplar esos antiguos uniformes, esas viejas escarapelas que encontramos en el trayecto de la isla de Elba a París en los tambores y esas gloriosas banderas tricolores atravesadas por las balas de Austerlitz, Wagram y Moskowa.

Fue⁴ pues, un espectáculo maravilloso el poder admirar esa antigua guardia, hoy en día extinguida por completo, cuando, en cambio, representaba la personificación de la época⁵ imperial que acabábamos de concluir⁶, la leyenda viva y gloriosa de Francia.

En tres días pasaron treinta mil hombres, treinta mil gigantes, todos ellos firmes, serenos, casi sombríos. Ninguno de ellos era ajeno a la idea de que una parte de esta gran construcción napoleónica, cimentada con su sangre, reposaba sobre él, y todos, como aquellas hermosas cariátides de Puget que asustaron al caballero de Bernini cuando desembarcó en Tolón, todos parecían orgullosos de ese peso, aunque sintieran que se doblegaban bajo el mismo.

¡Oh! ¡no lo olvidemos, no lo olvidemos jamás! aquellos hombres que marchaban con paso firme hacia Waterloo, es decir, hacia la tumba, encarnaban devoción, valor, honor; encarnaban la sangre más pura de Francia, encarnaban veinte años de lucha contra toda Europa, encarnaban la Revolución, nuestra madre, encarnaban la gloria del pasado, encarnaban la libertad del futuro, encarnaban, no la nobleza francesa, sino la nobleza del pueblo francés.

Los vi pasar a todos, hasta el último superviviente de Egipto. Doscientos mamelucos, con sus pantalones rojos, sus turbantes blancos, sus sables curvos.

Había algo no sólo sublime, sino también religioso, santo, sagrado en esos hombres que, condenados fatal e irremediablemente al igual que lo fueron los antiguos gladiadores, podían exclamar como sus predecesores: «Caesar, morituri te salutant» (César, los que van a morir te saludan)⁷.

Sólo que estos iban a morir no por placer, sino por la independencia de un pueblo, no por obligación, sino por decisión propia, únicamente por voluntad propia.

El antiguo gladiador era sólo una víctima.

³ Ms (tachado): de los últimos veinticinco años de nuestra historia.

⁴ *Le Courier de Lyon*: ofreció.

⁵ Ms (tachado): esos diez años.

⁶ Ms (tachado): y que constituían todos mis recuerdos.

⁷ Suetonio, *Vida de los doce Césares*, Claudio, 21.

¡Ellos! ¡Eran el holocausto!

¡Pasaban por aquí!

Una mañana, el sonido de sus pasos murió; los últimos acordes de su música, también.

Esa canción decía: «Veamos por la salvación del Imperio»⁸.

Entonces se anunció en los periódicos que Napoleón saldría de París el 12 de junio para unirse al ejército.

*

* *

Napoleón siempre seguía la ruta que había emprendido su guardia. Por tanto, Napoleón tenía que pasar por Villers-Cotterêts.

Confieso que sentía un inmenso deseo de ver a ese hombre que, al imprimir su marca sobre Francia con toda la envergadura de su talento, me había marcado particularmente y de manera tan rotunda a mí, un pobre átomo perdido entre treinta y dos millones de hombres, a mí, a quien seguía marcando, aunque ignoraba mi existencia.

El día 11 se recibió la noticia oficial de su paso; se solicitaron caballos en correos.

Debía salir de París a las tres de la mañana; con lo cual, alrededor de las siete o las ocho cruzaría Villers-Cotterêts.

A las seis de la mañana, tras una noche de insomnio, estaba esperando a las afueras de la ciudad con la parte más válida de la población, es decir, con aquellos que tenían la capacidad de correr tan rápido como los carruajes imperiales.

Y, de hecho, no se podía ver bien a Napoleón durante su paso, era preferible ir a la oficina.

Lo comprendí, y apenas vi la polvareda de los primeros caballos a un cuarto de legua de distancia, me puse a correr hacia la oficina de correos.

A medida que me acercaba, sin tan siquiera perder el tiempo de darme la vuelta, podía oír el estruendo de las ruedas detrás de mí, también aproximándose.

⁸ Esta melodía, una de las primeras canciones patrióticas de la revolución (1791), con letra de Ad. S. Boy, y música tomada de *Renaud d'Ast* de Dalayrac, fue anexionada por el Imperio, debido a la polisemia de su título.

Ya estaba llegando a la sucursal: me volví y vi que llegaban a toda prisa, como un torbellino, tres carruajes conducidos por caballos espumeantes y postillones ataviados con ropa de gala, empolvados y encintados.

Todo el mundo se apresuró hacia el carruaje del Emperador.

Naturalmente fui uno de los primeros.

¡Lo vi!

Estaba sentado al fondo a la derecha, llevaba el uniforme verde de solapas blancas, y con la medalla de la Legión de Honor.

Su rostro, pálido y enfermizo, pero con una belleza digna de una medalla antigua, parecía tallado en un bloque de marfil, del que guardaba un tinte amarillento mientras reposaba ligeramente inclinado sobre su pecho. A su izquierda se sentaba Jerónimo, el antiguo rey de Westfalia, el más joven y fiel de sus hermanos⁹; frente a Jerónimo, en la parte delantera, el ayudante de campo Letort¹⁰.

El Emperador, como si despertara de un sueño o saliera de su ensimismamiento, alzó la cabeza, dirigió su mirada a su alrededor y, sin alcanzar a ver, preguntó:

«¿Dónde estamos?»

— En Villers-Cotterêts, señor -dijo una voz-.

— ¿A seis leguas de Soissons, entonces?, respondió.

— A seis leguas de Soissons, sí, señor.

— Date prisa. «

Y volvió a caer en esa somnolencia de la que había despertado al detenerse el carruaje.

Ya se había efectuado el cambio, los nuevos postillones habían montado sus sillas y los que acababan de descender agitaban sus sombreros mientras exclamaban:

«¡Viva el Emperador! «.

⁹ Jerónimo Bonaparte (Ajaccio, 15 de noviembre de 1784 - Villegenis, 24 de enero de 1860), antiguo rey de Westfalia (1807 - 1813), se había unido a Napoleón durante los Cien Días y, al igual que José y Luciano, había sido reconocido como «príncipe francés». Estuvo al frente de una división en Waterloo.

¹⁰ Louis Michel, barón Letort (Saint-Germain-en-Laye, 28 de agosto de 1773 - Fleurus, Bélgica, 17 de junio de 1815). Mayor de la guardia de los dragones, fue enviado a España en 1808 y participó en la campaña de Rusia; general de brigada en 1812, comandante de la caballería polaca y de los dragones de la guardia en Wachau (16 de octubre de 1813), fue ascendido a general de división después de Montmirail (1814). Nombrado caballero de Saint-Louis por Luis XVIII, retomó el servicio durante los Cien Días y, tras ser herido en la batalla de Fleurus (15 de junio de 1815), falleció dos días después.

Los látigos chasquearon; Napoleón efectuó un ligero movimiento de cabeza que equivalía a un saludo; los carruajes partieron a todo galope y desaparecieron en el recodo de la calle de Soissons.

La gigantesca visión se había desvanecido.

*
* *

Transcurrieron seis días, y durante esos seis días, llegaron noticias del cruce del Sambre; la captura de Charleroi; la batalla de Ligny; el combate de Quatre-Bras¹¹.

Por ello, el primer rumor fue un rumor de victoria.

El 18, fecha de la batalla de Waterloo, tuvimos noticia del resultado de las jornadas del 15 y 16.

Esperábamos con impaciencia más información. El día 19 transcurrió sin novedad alguna.

El Emperador, según los periódicos, había visitado el campo de batalla de Ligny y había ordenado prestar ayuda a los heridos.

El general Letort, al que había visto frente al Emperador, en su carruaje, había muerto en la toma de Charleroi.

A su hermano¹² Jerónimo, que estaba a su lado, se le había roto el mango de la espada por una bala en Quatre-Bras.

El día 20 transcurrió lento y triste, el cielo había oscurecido y presagiaba tormenta. Había llovido a cántaros, y se decía que, con ese tiempo, que ya duraba tres días, probablemente no se había podido combatir.

De repente, corrió el runrún de que algunos hombres, portadores de noticias siniestras, habían sido detenidos y conducidos al patio del ayuntamiento.

Todo el mundo se precipitó hacia ese lugar y yo, por supuesto, el primero.

En efecto, siete u ocho hombres, algunos todavía a caballo, otros en el suelo y junto a sus caballos, estaban rodeados por la población que no les quita ojo.

Estaban ensangrentados, cubiertos de barro, llenos de jirones.

¹¹ El 16 de junio, Napoleón había derrotado al prusiano Blücher en la llanura de Ligny, mientras que Ney luchaba duramente con los ingleses en Quatre-Bras, la intersección de los caminos que llevan de Charleroi a Bruselas y de Nivelles a Namur: fue el inicio de la campaña de Waterloo.

¹² *Le Courrier de Lyon*: omisión de «su hermano».

Decían que eran polacos y sólo chapurreaban algunas palabras en francés.

Un antiguo oficial, que hablaba alemán, llegó y les interrogó en esa lengua.

Mejor en ese idioma, aseguran y empiezan su relato.

Que Napoleón se había enzarzado en la lucha con los ingleses el día 18. La batalla, dicen, comenzó al mediodía. A las cinco, los ingleses fueron derrotados. Pero a las seis, Blücher, que marchaba junto a los cañones, llegó con cuarenta mil hombres e inclinó la batalla a favor del enemigo. «Batalla decisiva. El ejército francés no se retira, sino que cae derrotado».

Son la vanguardia de los fugitivos.

Son aproximadamente las tres de la tarde. Estos hombres han venido de Planchenois¹³ en cuarenta y ocho horas.

Eso es más de una legua y media por hora. Los mensajeros de la desgracia tienen alas.

Me voy a casa. Le cuento a mi madre lo que he visto. Me manda a la oficina de correos: ahí es donde uno siempre encuentra las noticias más frescas.

Me acomodo.

A las siete llega un mensajero: lleva la librea verde y dorada, la del Emperador.

Está cubierto de barro, su caballo con sus extremidades temblorosas, se inclina sobre sus cuatro patas para no desfallecer.

El mensajero pide cuatro caballos para un carruaje que le sigue; le traen otro caballo, ya ensillado; le ayudan a montarlo; le clava las espuelas en el vientre y se esfuma.

Se le preguntó en vano, no sabía nada o no quería decir nada.

Se sacaron del establo los cuatro caballos que se habían pedido; se les puso el arnés y se esperó el carruaje.

Un rugido sordo que va aumentando rápidamente anuncia la llegada.

Lo vemos aparecer por la curva de la calle; se detiene frente a la puerta.

¡El jefe de correos se adelanta asombrado!

Al mismo tiempo, lo cojo por la solapa¹⁴ de su bata:

«Es él, es el Emperador, le digo.

— ¡Sí!»

¹³ En el sur del campo de batalla de Waterloo.

¹⁴ *Le Courrier de Lyon* : omisión de «por la solapa»

Era el Emperador, en el mismo lugar donde lo había visto ocho días antes¹⁵, en un carruaje similar, con un ayudante de campo cerca de él y otro enfrente.

Pero ya no son Jerónimo ni Letort.

Letort fue asesinado, como hemos dicho. Jerónimo, que después de haber combatido en el frente como general, luchó como soldado, fue herido¹⁶, tiene la misión de reunir al ejército en Laón.

Es efectivamente el Emperador, es efectivamente el mismo hombre, es efectivamente el mismo rostro pálido, enfermizo, impasible.

Sólo que la cabeza parece un poco más inclinada sobre el pecho.

¿Es por simple cansancio?

¿Es por el dolor de haberse jugado el mundo y haberlo perdido?

Como en la primera ocasión, cuando sintió que el carruaje se detenía, alzó la cabeza y lanzó a su alrededor esa misma mirada vaga que se vuelve tan penetrante cuando se fija en un hombre o en un horizonte, escrutando en ambos casos un misterio tras el que siempre puede acechar el peligro.

«¿Dónde estamos?, pregunta.

— En Villers-Cotterêts, señor -responde el jefe de correos-.

— ¿A dieciocho leguas de París, entonces?

— Sí, señor.

— ¡En marcha! «

Entonces, como en la primera ocasión, tras haber formulado una pregunta similar, en términos muy parecidos, dio la misma orden y emprendió el retorno con la misma celeridad.

Hacía tres meses que había partido de Elba para regresar a las Tullerías.

Sólo que, del 20 de marzo al 20 de junio, Dios cavó un abismo en el que se hundió su fortuna.

Ese abismo es Waterloo».

*

* *

¹⁵ Ms (tachado): con Jerome a su lado, Letort delante. Lleva otras dos personas en su carruaje, pero no más.

¹⁶ *Le Courier de Lyon*: omisión.

Ciego, es aquel que no cree en mi suerte

Por supuesto, el lector habrá reconocido en el ilustre novelista a Alexandre Dumas, — y en este niño de doce años, con tanta curiosidad por la Historia que desfila ante su mirada, al joven Alexandre, conocido como Berlick.

El niño es un heredero, no nos referimos a bienes materiales, ya que la muerte de su padre sumió a su madre en la casi indigencia. Por el contrario, su herencia es inmaterial, es una herencia de gloria, una herencia malversada. ¿Por quién? Por este hombre, el Emperador, que acaba de pasar.

Recordemos ese pasado próximo y doloroso:

Se trataba del general Dumas a quien la Convención había llamado para que actuara cuando el 12 de Vendimiario, An IV (5 de octubre de 1795) las secciones se habían convertido en una amenaza:

«La Convención dirigió al general Alexandre Dumas, comandante en jefe del ejército de los Alpes, y en ese momento de permiso, la siguiente misiva, cuya brevedad demostraba la urgencia:

«El General A.D. debe desplazarse inmediatamente a París para allí tomar el mando del ejército. «

La orden de la Convención fue llevada al Hotel Mirabeau; pero el General Dumas había partido tres días antes hacia Villers-Cotterêts, donde recibió la carta el 13 por la mañana.

Mientras tanto, cada hora el peligro aumentaba; no quedaba margen para esperar la llegada del general convocado; por tanto, durante la noche, el representante del pueblo, Barras, fue nombrado comandante en jefe del ejército del interior; necesitaba un ayudante: fijó su atención en Bonaparte»¹⁷.

Así, «ese tren, que, según dicen, pasa una vez en la vida de todo hombre y le abre el futuro, había pasado infructuosamente para mi padre. Tomó el correo de inmediato, pero no acudió hasta el día 14.

Encontró a las secciones derrotadas y a Bonaparte como general en jefe del ejército del interior»¹⁸.

¹⁷ *Napoléon*, II, p. La carta fue publicada en *Mis memorias*, cap. IV.

«París, 13 de Vendimiario del año IV de la República una e indivisible [5 de octubre de 1795]. Los representantes del pueblo a cargo de la fuerza armada de París y del ejército del interior, Ordenan al General A.D. que acuda inmediatamente a París, para recibir las órdenes del gobierno.

J.-J.-B. Delmas.

Laporte.»

¹⁸ *Mis memorias*, cap. IV.

El papel principal ya estaba asignado; el general Dumas sólo desempeñaría funciones secundarias, aunque a veces alcanzara niveles épicos (conquista de Mont-Cenis o defensa del puente de Klausen, que le valió el apodo de Horacio Coclès del Tirol (24 de marzo de 1797).

Embarcado en la aventura egipcia como comandante de caballería, el general se sentía consumido por la nostalgia; todo le indicaba la ambición personal del general en jefe. En sus *Memorias*, el hijo dramatiza la entrevista entre su padre y Bonaparte, una entrevista que «tuvo una gran influencia en el futuro de mi padre y en el mío», cuando Bonaparte le pide explicaciones sobre una reunión de generales descontentos:

«— Sí, el encuentro en Damanhour tuvo lugar, en efecto; sí, los generales, desanimados desde la primera marcha, se preguntaban cuál era el propósito de dicha expedición; sí, creyeron ver en ella un motivo no de interés general, sino de ambición personal; sí, dije que, por la gloria y el honor de la patria, daría la vuelta al mundo; pero que, si sólo se tratara de vuestro capricho personal, me detendría tras el primer paso. Ahora bien, lo que dije aquella noche, os lo repito, y si el miserable que os transmitió mis palabras os dijo otra cosa que lo que yo os confieso, no sólo es un espía, sino algo peor que eso, un calumniador.

Bonaparte miró a mi padre durante un momento; luego, con cierto afecto:

— Así, Dumas -le dijo-, formas dos bandos en tu mente: pones a Francia en un lado y a mí en el otro. Crees que separo mis intereses de los suyos, mi fortuna de la suya.

— Creo que los intereses de Francia deben estar por encima de los de un hombre, por muy grande que sea... Creo que la fortuna de una nación no debe estar subordinada a la de un individuo.

— ¿Así que estás listo para separarte de mí?

— Sí, en cuanto vea que os separáis de Francia.

— Te equivocas, Dumas..., dijo Bonaparte con frialdad.

— Puede ser -dijo mi padre-, pero no admito las dictaduras, ni la de Sila ni la de César.

— ¿Y solicitas...?

— Volver a Francia en la primera oportunidad.

— Prometo no poner ningún obstáculo para tu partida.

— Gracias, General; es el único favor que os pido.

Con una leve reverencia, mi padre se dirigió a la puerta, quitó el cerrojo y se fue.

Mientras se retiraba oyó a Bonaparte murmurar unas palabras en las que le pareció oír esto:

— ¡Ciego, es aquel que no cree en mi suerte! «

Tras la revuelta de El Cairo, al alejarse de las costas de Egipto, el «negro Dumas», como le llamaba Bonaparte, se alejaba al mismo tiempo de un gran destino.

Una tormenta obligó a su barco a desembarcar en el reino de Nápoles, donde permaneció prisionero hasta marzo de 1801. Enfermo, sin un centavo a su nombre, reclamó:

«Pero, General Primer Cónsul, conocéis las desgracias que acabo de sufrir. Espero que no permitáis que el hombre que compartió vuestras tareas y vuestros riesgos languidezca en la mendicidad. Además, me apena otro pesar: me han destinado entre los generales inactivos. ¡vaya, con mi edad y con mi renombre, y sujeto a una especie de baja militar ! Soy el general más antiguo de mi rango; cuento en mi haber con hazañas bélicas que han tenido una poderosa influencia en los acontecimientos; siempre he llevado a los defensores de la patria a la victoria. Apelo a vuestro corazón». (julio de 1802)

Como respuesta, se le permitió percibir su pensión de baja militar (26 fructidor año X / 13 de septiembre de 1802), pero dejó de figurar entre la lista de los generales de división de la república. Bonaparte le había asestado una muerte militar.

«He perdido la salud y estoy condenado a la desgracia y la infelicidad; la miseria y la pena devoran mi vida. Lo único que me evita caer en la desesperación es pensar que he servido bajo vuestro mando y que a menudo me habéis mostrado amabilidad y estima; tarde o temprano espero que os dignéis a aliviar mi suerte... Os ruego que me retribuyáis los atrasos de la paga durante mi cautiverio en Sicilia, 28.500 francos». (septiembre de 1803).

Ni antes ni después se le pagaron. Murió en 1806, dejando a su esposa e hijos sin medios de subsistencia. Horas antes de su muerte, expresó su deseo de ser enterrado en los campos de Austerlitz.

Así que ese joven de doce años que vio pasar al Emperador experimentó sentimientos encontrados hacia él. Por un lado, encarnaba al genio solar que, durante veinte años, embriagó de gloria a Francia; por otro lado, fue el «Ogro corso» que desangró al país, llevándose a sus hijos año tras año, y que a nivel personal actuó como el auténtico asesino de su padre.

Napoleón, un mito

Sin embargo, la figura del Emperador bajo la Restauración -durante su cautiverio en Santa Elena y después de su muerte- se fue mitificando a medida que los Borbones perdían popularidad: «Hasta el punto de que, sin saber por

qué, a pesar de todos los motivos que teníamos para maldecir a Napoleón, mi madre y yo habíamos acabado por odiar aún más a los Borbones, incluso si no nos habían hecho nada, o mejor dicho, nos habían hecho más bien que mal...»¹⁹.

Por eso no es de extrañar encontrarlo en París, al servicio del duque de Orleans, en salones bonapartistas, como el de Antoine Vincent Arnault. — republicanos, liberales, bonapartistas se unieron entonces contra los Borbones apoyados por la compañía del Santísimo Sacramento; no es de extrañar tampoco la presencia entre sus primeros versos publicados de poemas que alaban la epopeya imperial, como *Leipsick* o *Águila Herida*, dedicado al mismo Antoine Vincent Arnault.

Al expulsar al viejo rey Carlos X, y con él al último de los Borbones, las Tres Gloriosas recuperaron la celebración del mito napoleónico. No menos de siete Napoleones se enfrentaron o se iban a enfrentarse a los focos, lejos del fuego de las batallas y los campamentos: *Napoleón en Schoenbrünn* en la Porte-Saint-Martin, que recaudó fabulosas sumas, otros en las Novedades, en el Vodevil, en las *Variétés*, en el *Ambigu-Comique*, en la *Gaité*, en el *Cirque-Olympique*. A. Dumas, autor de éxito novel desde *Enrique III y su corte*, es perseguido por el director del Odeón, Harel, quien, prometiéndole beneficios asegurados, quiere también su Napoleón. Finalmente, el joven escritor cede y, con la ayuda de un cómplice, Cordellier Delanoue, esboza una trama (un espía, al que ha salvado del pelotón de fusilamiento en Toulon, sigue al Emperador en su prodigiosa carrera, hasta Santa Elena). Veintitrés cuadros, extraídos de la historia imperial y de la hagiografía: *Memorias de Bourrienne*, *Historia de Napoleón* del barón Norvins, *Victorias, conquistas, desastres, reveses y guerras civiles de los franceses de 1792 a 1815*, *Memorial de Santa Elena* de Las-Cases.

Es un Napoleón a la altura de su leyenda, un genio cuyo pensamiento va demasiado lejos para ser comprendido por sus mediocres contemporáneos, traicionado por aquellos a quien proporcionó su fortuna y por los cambios políticos de cualquier signo, los que en el momento de la composición del drama se unen en masa a Luis Felipe. Sólo el pueblo, representado por el soldado analfabeto Lorrain, se mantiene fiel. Esa gente es la que acaba de luchar en las barricadas, para expulsar a los Borbones.

La noche del estreno, el 10 de enero de 1831, se da un extraño espectáculo de disturbios, o de partida al frente; los guardias nacionales abarrotan la sala. El levantamiento del telón fue acogido con júbilo: el escenario —a un lado, un

¹⁹ *Mis memorias*, cap. LVIII.

reducto frente a Tolón y, a través de las troneras, la ciudad sitiada y la cadena de rocas sobre la que se extienden los fuertes- era un marco espléndido (Harel no había escatimado. Coste: ¡ochenta mil francos!). Luego vendrá la feria de Saint-Cloud y su cuartel, el apartamento, después el jardín de las Tullerías, el interior del palacio del rey de Prusia en Dresde, las alturas de Borodino, una habitación del Kremlin, un cuchitril cerca de la Beresina, antes de la Berisina, las alturas de Montereau, un salón del Faubourg Saint-Germain, una calle de París, una habitación del palacio de Fontainebleau, el patio del Caballo Blanco, en el mismo palacio, el puerto de Porto-Ferrajo, el valle de Jamestown en Santa Elena... Esta enumeración muestra con creces que la obra, tras una rápida puesta en escena del ascenso de Napoleón Bonaparte, se centra en la caída del Emperador. En este drama se representa sobre todo al vencido.

Durante los entreactos, tambores y trompetas de la Guardia Nacional interpretan melodías marciales. Frédéric Lemaître, que interpreta a Napoleón, no se parece en nada al emperador. Pero lleva el trajecito gris; agoniza en Santa Elena. Con eso basta. Primero lloramos, luego aplaudimos con fuerza. A la salida, silban al pobre actor Delaître, que por desgracia, interpreta a Hudson Lowe.

A. Dumas no se hacía ilusiones sobre el valor literario de la obra; si se las hubiese hecho, su amigo, el monárquico Alfred de Vigny, le habría desengañado: «¡Obra pésima, pésima acción!», escribió. Fue la ira contra el rey la que llevó a Dumas a poner en boca de Napoleón palabras duras sobre los Borbones. «Han sido ingratos conmigo», dijo. «Les reproché que se fustigara a los derrotados. «

Esos reproches, sin duda, provocan la respuesta del joven autor en el prefacio del drama, que dedica a «la Nación francesa». En su razonamiento refuta cualquier posible acusación de ingratitud:

«Soy hijo del general republicano Alexandre Dumas, fallecido en 1806, tras once intentos de envenenamiento, en las cárceles de Nápoles.

Murió en desgracia con el Emperador, por no haber accedido a adoptar su sistema de colonización de Egipto, — y se equivocó, — por no haber consentido en firmar, al acceder al trono, los registros de las comunas, — y tenía razón.

Mi padre era uno de esos hombres de hierro que creen que el alma es la conciencia, que actúan según lo que ella les indica y que mueren pobres.

Ahora bien, mi padre murió pobre; le debían veintiocho mil francos en concepto de honorarios atrasados, pero no se los pagaron a su viuda; le debían una pensión a su viuda, pero no se la dieron. La sangre de mi padre derramada bajo la República no la pagaron, pues, ni el Imperio ni la Restauración: a la Restauración y al Imperio, ¡gracias! porque me hicieron libre».

Napoleón providencial

Asunto dramático antes que obra de arte *Napoleón Bonaparte o Treinta años de la historia de Francia*, la obra podría no obstante haber inducido a Alexandre Dumas a interrogarse sobre el papel de Napoleón en la historia de Francia.

«¿Por qué el mismo hombre es a la vez tan fuerte al inicio de su carrera, tan débil al final –por qué, en un momento determinado, en la flor de la vida, con cuarenta y seis años, su genio le abandona, su fortuna le traiciona?», se pregunta. Dos años más tarde, en su obra *Galia y Francia*, da con una respuesta: Napoleón sólo ha sido un instrumento en las manos de Dios; en el momento en que Dios no lo necesita ya, lo destruye.

«Tres hombres, según mi opinión, fueron escogidos desde toda la eternidad en el pensamiento de Dios para realizar la obra de la regeneración: César, Carlomagno, Napoleón [...]

Así vienen, a novecientos años de intervalo, y como pruebas vivas de lo que hemos dicho, que cuanto el genio es más grande es más ciego;

César, *pagano*, preparando el cristianismo.

Carlomagno, *bárbaro*, preparando la civilización.

Napoleón, *déspota*, preparando la libertad.

¿No estaríamos tentados de creer que es el mismo hombre quien reaparece a épocas fijas y bajo nombres diferentes para realizar un pensamiento único?»

Treinta años más tarde, retoma de manera idéntica esta visión providencialista de Napoleón:

«Napoleón, dice el señor Cavour, es un meteoro». Napoleón, comparado a un meteoro, nos parece reducido a unas proporciones muy pequeñas, un meteoro se enciende, atraviesa el espacio y desaparece dejando únicamente de sí mismo el recuerdo de su aparición y su resplandor de un momento.

No, Napoleón no es en absoluto un meteoro, es uno de estos hombres predestinados, como César y como Carlomagno, uno de estos hombres que la naturaleza tarda diez siglos en formar y que durante diez siglos ejercen su influencia sobre el porvenir, no únicamente de su país sino del mundo: uno de estos genios que Dios envía para cambiar la faz del universo, obligado a emplear para los grandes cataclismos sociales medios humanos. En general cuanto más grande es el genio de estos hombres, más ciego es al mismo tiempo. Caminan a pasos de gigante creyendo alcanzar un objetivo y alcanzando otro con frecuencia completamente opuesto e incluso perfectamente desconocido.

De este modo César *pagano*, prepara el cristianismo, Carlomagno *bárbaro* prepara la civilización, Napoleón *déspota*, prepara la libertad.

«El hombre se agita; Dios le conduce», dijo Bossuet». »

Dumas se mantendrá, a partir de este momento, de manera definitiva en esta visión providencialista de Napoleón.

Sustenta en particular su *Napoleón*, otro asunto, editorial este, concluido en 1839, que despierta poco entusiasmo en el lector:

«[La batalla de Waterloo por Dumas] Esperaba verle desplegar, en este episodio, todo el poder de su talento, toda la energía de sus pensamientos y de su estilo...en absoluto. Únicamente me pareció 10 páginas de las *Victorias y conquistas* bien escritas y bien evaluadas [...]», escribió Marco de Saint-Hilaire a Louis Desnoyers, el diez de diciembre de 1839.

La retoma en *Mis Memorias*; está desarrollada en la conferencia que hemos citado, al inicio de este ensayo:

«Dijimos Dios.

Nunca la mano de Dios, en efecto, se tendió de una manera más visible sobre Europa²⁰, cuyos destinos se determinan en Waterloo, que en esta famosa jornada del 18 de junio.

Napoleón, este hombre de órdenes rápidas, claras y precisas, Napoleón deja Grouchy sin órdenes.

Luego, cuando necesita a Grouchy, cuando comprende que el éxito de la jornada depende de él, envía un oficial de ordenanza para llamarlo al monte de Saint-Jean²¹. Se coge al oficial, y Grouchy continúa dirigiéndose a Wavre. ¿Por qué, pues, un único oficial de ordenanza? ¿Por qué no diez? ¿Por qué no veinte? ¿Faltan oficiales de ordenanza alrededor²² de Napoleón?

¡Y Grouchy que oye el cañón y que no avanza! Grouchy que se obstina en quedarse, a pesar de las suplicas, a pesar de los ruegos d[el general] Gérard, [...] ²³ que vimos llorar en recuerdo de esta inconcebible e invencible obstinación.

Mientras que Blücher, él, ¡avanza!

Hombre del destino, cumpliste tu tarea; ¡ahora ya puedes caer! De ese modo, vedle en el Elyseo, este capitán de mirada de águila, de resoluciones rápidas, de pensamientos tenaces y absolutos; ¿es el hombre de Toulon, de Lodi, de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Iena, de Wagram? ¿Es el hombre de Lutzen y de Bautzen? ¿Es el mismo hombre de Montmirail y de

²⁰ *Le Courier de Lyon*: «Nunca, en efecto, la mano de Dios no se extendió de una manera más visible en Europa.»

²¹ *Le Courier de Lyon*: el monte de Saint-Jean.

²² *Le Courier de Lyon*: al lado de.

²³ *Le courrier de Lyon*: del general Gérard; se omite la continuación.

Montereaue? No, toda su energía se agotó en su maravilloso regreso de la isla de Elba.

Muere, sin haber comprendido en absoluto su derrota.

Sin cesar, en Sainte-Hélène, vuelve una y otra vez a esa fecha del 18 de junio, rememorándose esta hiel amarga: «Jornada incomprensible! dice, ¡Concurso de fatalidades inauditas! ... ¡Grouchy!... ¡Ney!... ¡D'Erlon...! ¿Hubo traición? ¿Tuvimos mala suerte? ¡Y, sin embargo, todo lo que dependía de la habilidad se hizo! Únicamente todo falló cuando todo había salido bien!...»

¡La Providencia, majestad!

«Singular campaña, murmura otra vez, durante la que, en una misma semana, vi escapar tres veces de mis manos el triunfo seguro de Francia y la fijación de sus destinos. Sin la deserción de un traidor [Marmont], exterminaba a los enemigos abriendo la campaña. ¡Los hubiese aplastado en Ligny, si mi izquierda hubiese hecho su deber! ¡Los hubiese aplastado de nuevo en Waterloo, si mi derecha no me hubiese fallado!». ¡Majestad, la Providencia!

Y aun otra vez:

«Singular derrota en la que, a pesar de la catástrofe más horrible, la gloria del vencido no se empañó, ni aumentó la del vencedor. ¡La memoria del uno sobrevivirá a su destrucción; la memoria del otro se enterrará quizá en su triunfo!...»²⁴

Luego, Dumas, en un hermoso movimiento de dialogismo, se dirige al mismo Napoleón:

«No, Majestad, vuestra gloria no se empañó, porque luchabais contra el destino. Esos vencedores que llamamos Wellington, Bulow, Blucher, esos vencedores solo tenían máscaras de hombres, y eran genios enviados por el Todopoderoso para combatirlos, a vos que os habíais rebelado en contra suyo, tomando partido por la causa de los reyes cuando él os había encargado defender la de los pueblos.

¡La Providencia, Majestad, la Providencia!

Durante toda una noche, Jacob luchó contra un ángel al que confundió con un hombre; ¡tres veces fue derribado, él, el mejor luchador de Israel! Y, cuando amaneció, pensando en su triple derrota, creyó volverse loco²⁵.

Tres veces también habéis sido derrotado, Majestad; ¡tres veces habéis sentido sobre vuestro pecho tembloroso la rodilla del vencedor divino!

En Moscú, en Leipzig, en Waterloo.

²⁴ Las tres citas provienen de un mismo pasaje de Las Cases, *Le Mémorial de Sainte-Hélène*, martes 18 de junio de 1816. Variantes: *Solo* hubieron desgracias; *menos* de una misma semana; tres veces escaparse; *hubiese* hecho su deber; la gloria del vencido no tuvo en *absoluto*...

²⁵ *Génesis*, 32, 23-30.

*
* *

Gustándoos tanto Ossian²⁶, Majestad, no conocéis esta leyenda de Thor, hijo de Odín.

Un día, llegó a una ciudad subterránea cuyo nombre no conocía: había un circo abierto, lleno de espectadores. Un caballero revestido con una armadura negra había lanzado su desafío.

Desde el amanecer, esperaba inútilmente un adversario.

Thor entró en el circo, fue directo hacia el oscuro caballero²⁷ y le dijo: «No sé quién eres, pero no importa, estoy aquí, combatamos.»

Y combatieron desde el mediodía hasta la noche. Por primera vez Thor se enfrentaba a un campeón que se le resistía.

No únicamente resistía sino que, a cada instante, Thor sentía que le superaba; y no obstante, a pesar de que a cada nuevo golpe²⁸ todo su cuerpo se estremecía, su sangre se helaba, no retrocedió ni un paso. Y cuando las fuerzas le faltaron, cuando se vio forzado a dejarse caer, se arrodilló con una pierna primero, luego con la otra, luego con una mano y, tratando siempre de combatir, terminó por dejarse ir, él, Thor, el hijo de Odín, sobre el polvo del circo, jadeante, vencido, expirando.

«Gracias a tu valentía, y porque has hecho lo que nadie nunca hizo antes, dijo el caballero negro, te perdono; solamente, cuando nos encontremos de nuevo y luchemos juntos, no será así».

«Quién eres pues? Extraño vencedor», le preguntó el hijo de Odín.

«— Soy la muerte», dijo el caballero negro, levantando la visera de su casco.

Y Thor tardó casi un año en volver a la vida por haber luchado contra la muerte.

Os ha sucedido lo mismo que a Jacob y a Thor, Majestad, habéis creído volveros loco, y habéis tardado un año en volver a la vida.

*
* *

²⁶ El poeta escocés Macpherson, adaptando cantos primitivos, atribuidos al viejo bardo Ossian (*Fingal*, 1762; *Témora*, 1763) tuvo un éxito extraordinario; entre sus admiradores se contaban Lamartine, Napoleón, Mme de Staël, Chateaubriand.

²⁷ *Le Courrier de Lyon*: chevalier.

²⁸ *Le Courrier de Lyon*: cada golpe del negro caballero.

Era necesario que así fuera para que pudierais convertirlos, estando aún vivo, Majestad, en un héroe legendario,

Era necesario que murieseis sobre una roca y que esa roca fuese un calvario para que aquellos soldados, arrebatados a su familia y a su patria, cuyos huesos habéis sembrado por todos los campos de batalla de Europa, permaneciesen fieles en la muerte y acudiesen a vuestra llamada para pasar la revista nocturna a la que los convocasteis la víspera del aniversario de vuestras grandes jornadas. Un poeta lo dijo²⁹:

Cuando llega la hora fúnebre,
Cuando media noche tintinea al unísono,
Y que del bronce, en la calle,
¡Se apaga el último temblor!

Levantando su frente lívida
La fría piedra de la tumba,
Despierta un tambor invalido
Con su uniforme en pedazos.

Hace resonar su vara
En la caja de ruido sin igual
Y, con sus dos manos de esqueleto,
Antes de que nazca el día, anuncia el despertar.

De repente con los rodamientos que gruñen
En el fantástico tambor
Todos los viejos soldados muertos responden
Y se despiertan a su vez.

Aquellos que, en el suelo itálico,
Duermen a la sombra de los laureles,
Aquellos que la España católica
Degolló bajo sus olivares

²⁹ *Le Courrier de Lyon*: y era un alemán, vuestro enemigo.-*La Revue nocturne*, impresa primero en *Le Monte-Cristo*, nº13, jueves, 16 de julio y nº 14, jueves 23 de julio de 1857 (último cuarteto), retomado en *Bric-à-Brac*, Michel Lévy, 1861 (*Bibliographie de la France*, 29 de junio de 1861). Es la traducción de una balada de Hans Christian, barón von Zedlitz (1790-1862), traductor al alemán del *Childe Harold* de Byron.

Aquellos que Egipto enfadada
Bajo su arena ardiente calcinó;
Aquellos que, en su ola helada
Engulló la Berezina.

Y todos, como en los días de alarma
Que vieron sus combates gigantes
Se lanzan, cogiendo sus armas,
Fuera de sus sepulcros abiertos.

Entonces los belicosos esqueletos
Forman sus sombríos escuadrones;
A la cabeza caminan las trompetas
Soplando en sus mudos clarines.

He aquí, pululando en las picas,
Los lanceros de trajes purpúreos;
He aquí los coraceros épicos
Con abrigos blancos marmoleados de sangre.

He aquí los húsares que amenazan
Al enemigo que van a dispersar.
He aquí los pesados dragones que pasan
Sin que se les oiga pasar.

Luego he aquí los granaderos tristes
Caminando siempre con el mismo paso;
Eran ellos los que rompían los límites,
Límites de los antiguos estados.

Ellos que, en las sangrientas fiestas,
Arrastrando a los reyes por los cabellos,
Cambiaban las coronas de cabezas
Cuando el señor decía: «Quiero».

El señor, ¡helo aquí! ¡silencio!
De la tumba sale el último:
Sobre su caballo blanco se lanza.
— Salud. César emperador.

Levita gris y rofda,
Traje verde y sombrero pequeño;
En el costado izquierdo su corta espada,
En su frente la sombra de una bandera.

Es él, iluminado por el rayo de las espadas
Nuestros padres le vieron pasar;
Y así nuestros hijos en sus sueños
Le verán siempre engrandecido.

Oh luna, sal de tu nube
Y derrama sobre él tus rayos;
El emperador de pálido rostro
Maniobrará a sus batallones.

¡Alto, soldados! ¡Presentad armas!
Pasa ante las líneas heladas
Y vemos mojarse de lágrimas
Los ojos vacíos de todos estos difuntos.

Luego, cuando del centro a sus dos alas
César está cansado de galopar,
Los pocos jefes que permanecieron fieles
Se agruparán a su alrededor.

Entonces al capitán más cercano
Le lanzará la orden.
Y de fila en fila, en la llanura,
En voz baja se repetirá.

Pero ¿quién puede, en el porvenir sombrío
Detener una mirada cierta?
— Austerlitz y Wagram, dice la sombra;
— ¡Waterloo! responde el destino».

Napoleón, ¿héroe de novela?

Héroe de la historia, héroe de la leyenda, héroe de la epopeya, ¿Napoleón podía convertirse en héroe de una novela de Alexandre Dumas? ¿Este «personaje mundialmente conocido», el más mundialmente conocido en el siglo XIX, podía, sin incomodar la economía, ser introducido en una novela?

Alexandre Dumas, a pesar de su gusto por lo imposible, parece haber dudado largo tiempo antes de aceptar el reto. Así, en *El Conde de Montecristo* en que la acción se entabla en el momento y a causa del desembarco de Napoleón en el Golfo Juan, es Luís XVIII quien aparece, y no el Emperador.

Más tarde, — si exceptuamos *El Capitán Richard*, novela disparatada remendada a partir de una obra de teatro no representada—, el escritor coloca al Emperador como figura central de una trilogía escrita y publicada en desorden y nunca acabada: comprende: *Los Blancos y los Azules*, *Los Compañeros de Jehú* y, por fin, *Hector de Sainte-Hermine*. Estas tres novelas presentan Napoleón en diferentes momentos de su carrera:

Los Blancos y los Azules, durante el 13 de vendimiario y durante la campaña de Egipto.

Los Compañeros de Jehú al regreso de Egipto y en Brumario.

Hector de Sainte-Hermine, de 1800 a 1814.

Los héroes de ficción son los tres hermanos Léon de Sainte-Hermine, llamado Morgan de Sainte-Hermine, jefe de los compañeros de Jehú, el segundo Charles emigrado fusilado, el tercero, Hector del que hablaremos más tarde.

Con el fin de documentarse para *Los Blancos y los Azules* el escritor envió una carta arrogante al emperador Napoleón III, probablemente en noviembre de 1866³⁰:

³⁰ Publicación: *Le Journal du Havre*, 27 de agosto de 1867,— *La Petite Presse*, 31 de agosto de 1867.—

Novelas de la Revolución de Alexandre Dumas, tomo onze, *Los Blancos y los Azules*, documentos anexas por Claude Schopp, Tallandier, 1990, I, p. 339-340.—La carta parece contemporánea de la transformación de las *Nouvelles* en *Mousquetaire* del que Dumas coge la dirección (18 de noviembre de 1866), el nuevo periódico anuncia *Los Blancos y los Azules*, continuación de *Los Compañeros de Jehú* el 20 de diciembre, imprimiendo al día siguiente el prefacio. El folletín empezará a imprimirse el 13 de enero de 1867, después de un cambio de título, ya que Etienne Arago había publicado ya una novela intitulada *Los Blancos y los Azules*.

«Ilustre colega,

Cuando empezasteis a escribir la vida del vencedor de las Galias³¹, todas las bibliotecas se apresuraron a poner a vuestra disposición los documentos que encerraban.

Resultó de ello una obra superior a las otras, en la que se reunían la mayor cantidad de documentos históricos.

Ocupado en escribir en este momento la historia de otro César llamado Napoleón Bonaparte, necesito documentos relativos a su aparición en la escena del mundo.

En resumen, desearía todos los folletos que originó el 13 Vendimiario³².

Los he solicitado a la Biblioteca, y me los han negado.

No me queda otro medio sino dirigirme a vos, mi ilustre colega, a quien no se niega nada, para rogaros que pidáis en vuestro nombre estos folletos a la Biblioteca y que tengáis a bien, una vez que estén en vuestro poder, ponerlos a mi disposición.

Si os dignáis a acoger mi petición, me habréis hecho un favor que nunca olvidaré³³.

Tengo el honor de ser, con respeto, ilustre colega de *La Vida de César*, vuestro humilde y muy agradecido colega.

Alex Dumas.»

Por fin tuvimos la suerte de encontrar y publicar la novela prevista en 4, o en 6 volúmenes intitulada *Hector de Sainte-Hermine*³⁴, que había sido anunciada en *Los Blancos y los Azules* por una frase pronunciada por Charles de Sainte-Hermine: «de la misma manera que mi hermano mayor heredó la venganza de mi padre, del mismo modo que yo he heredado la venganza de mi hermano mayor, mi hermano más joven heredará mi venganza».

Hector de Sainte-Hermine, que escapó al verdugo gracias a Fouché, se ve condenado a vivir en la sombra, escondiendo a todo el mundo su verdadera identidad. A través de sus aventuras, seguiremos las hazañas y las peores

³¹ *Historia de Julio César*, Imprimerie impériale, 1865-1866, 3 vol. In-folio; H. Plon, 1865-1866, 2 gr. In-8°.

³² *El 13 Vendimiario*, segunda parte de *Los Blancos y los Azules*, se publicó en *La Petite Presse* (18 de julio-21 de agosto 1867) después que *Mousquetaire* hubiese dejado de publicarse.

³³ La intervención de Victor Duruy habría dado a Dumas acceso a las fuentes deseadas, ver *Le Journal du Havre*, 27 de agosto de 1867.

³⁴ Alexandre Dumas, *Le Chevalier de Sainte-Hermine*. Texto establecido, con prefacio y anotaciones de Claude Schopp. Phébus, 2005, 1075 p. Reenviamos al lector al aparato crítico de esta edición.

acciones de Napoleón, a las que se hallan mezclados Joséphine, Fouché, Talleyrand, Cadoudal, Chateaubriand, Surcouf, Nelson, etc...

En esta novela, mezclando historia y novela, Dumas expresa la ambivalencia de sus sentimientos hacia Napoleón, mezcla de admiración y de aversión.